

Reflexiones etnográficas en torno a transferencias de “ayuda”.

Ariel Wilkis.

Cita:

Ariel Wilkis (2007). *Reflexiones etnográficas en torno a transferencias de “ayuda”*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/274>

Reflexiones etnográficas en torno a transferencias de “ayuda”.

Ariel Wilkis

Doctorando Universidad de Buenos Aires-Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales/becario Conicet/docente UBA

arielwilkis@uolsinetis.com.ar

Introducción

En esta comunicación desarrollo una serie de reflexiones a raíz del trabajo de campo de mi tesis de doctorado centrado en la configuración de *circuitos*ⁱ de *transferencias*ⁱⁱ de recursos, principalmente objetos destinados a la *ayuda* hacia los sectores populares. Lejos me encuentro de poder describir en profundidad estos *circuitos*, no obstante en esta comunicación intentaré presentar los datos etnográficos de mi primera etapa de trabajo de campo a fin de delimitar una serie de dimensiones sensibles a la configuración de los *circuitos* de *ayuda*.

Preocupado por realizar una descripción etnográfica me he concentrado en los momentos y los lugares de las transferencias entre dadores y receptores, dejando para más adelante la incorporación de dimensiones histórico-estructurales e institucionales así como una perspectiva ligada a la economía de los hogares receptores de la *ayuda*. En esta primera presentación reflexionare sobre los datos etnográficos recogidos en mis observaciones en dos *escenas sociales* de *transferencias* de *ayuda* en diferentes barrios del conurbano de la provincia de Buenos Aires:

- a) Un comedor vinculado a la red política barrial
- b) La entrega de mercadería de la red religiosa Caritasⁱⁱⁱ.

Los estudios realizados sobre estas problemáticas se basan generalmente en un *circuito* de *transferencia* (Zapata (2004) para Caritas; Auyero (2002) para “intercambios políticos”; Wilkis (2006) para una organización filantrópica; Wilkis y Gorban (2006) para los recolectores informales de residuos, etc...). Mi propuesta es mantener un plano comparativo entre más de una *escena social* y *circuito* de *transferencia* donde los recursos tengan diferente origen y sean de diferente naturaleza -planes de empleo, alimentos, ropa, residuos para reciclar-. Esta estrategia me permitirá separar lo que comúnmente se une y unir lo que comúnmente se separa.

Esta operación sociológica básica la realizaré a través de la etnografía de las *transferencias* de *ayuda*. Esta perspectiva me permite romper con los objetos pre-construidos alrededor de las circulaciones materiales hacia y entre los sectores populares -pre-construcciones que hacen circular legitimidades e

ilegitimidades en torno a la *ayuda* y las introducen en la comprensión y explicación sociológica: “clientelismo político”, “caridad”, “filantropía”, “economía social”. Por lo tanto, mi estrategia será analizar los *circuitos* como fenómenos del mismo género cuando generalmente son construidos como objetos sociales y sociológicos opuestos.

Para realizar este objetivo indagaré las siguientes dimensiones sensibles de los *circuitos*: trataré de comprender el campo semántico de la *ayuda* (cómo aparecen las categorías ligadas a las ideas de desinterés, interés, gratuidad, obligación, necesidad) que legitima los circuitos y también impugna a otras transferencias; analizaré los indicadores utilizados para clasificar moralmente a los receptores -mostraré que está operación esta presente en todos los circuitos-; trataré de comprender el “ethos” de las prácticas de los dadores en términos de estrategias de reproducción social - que se orientan a acumular o mantener capitales sociales, simbólicos y económicos-; y, finalmente, buscaré mostrar cómo la circulación material sostiene determinados vínculos sociales, genera obligaciones y además comunica la posición de los agentes en el espacio social. Esta dinámica que articula circulaciones materiales, simbólicas y morales configura un proceso de diferenciación y desigualdad social en torno a la *ayuda*.

2. Describiendo las escenas sociales de transferencia.

El trabajo de campo lo desarrolle en diferentes barrios del partido de La Matanza que se ubica al Oeste de la Ciudad de Buenos Aires y es uno de las localidades más pobladas -el censo nacional del 2001 estableció que habitaban 1.255.000 de habitantes- y pobres de la provincia de Buenos Aires. Su anterior tejido económico-industrial, su trama urbana y residencial se ha transformado en los últimos 30 años a raíz de la desindustrialización, la desinversión pública, el crecimiento del desempleo y la pobreza.

Mi entrada en el terreno se realizó a través de la “cooperativa” de recolectores de residuos que iniciaron un proyecto de recolección en un barrio de clase media y clase media baja de La Matanza -Bonzi-. Los integrantes de esta “cooperativa” viven en diferentes *asentamientos*^{iv} a 20 kilómetros de Bonzi. Acompañé a los integrantes de la “cooperativa” en sus recorridos por las casas de este barrio buscando que se les entregue los “residuos” para reciclar. Realice observaciones y entrevistas en el comedor de este barrio ligado a la red política del peronismo y también en el grupo de Caritas vinculado a la iglesia católica. Dado que algunas personas que recibían la *ayuda* en Caritas vivían afuera del barrio pude conectarme con quienes se encargaban de “repartir” los alimentos de un programa estatal en un barrio que se encuentra al lado de Bonzi. Este barrio está compuesto por personas que vivían en una villa y fueron trasladadas a estas viviendas nuevas.

2.1.1 Observando el “comedor” y los trazos de la red política del peronismo local.

Oswaldo -54 años-, es la persona que “maneja”^v el “tema” de los “planes” y el “comedor” en el barrio de Bonzi. Antes de visitar el comedor estuve en el comercio de Oswaldo -alquila videos-. Oswaldo no es precisamente un comerciante prospero del barrio, él mismo me señaló que no le está yendo bien con su negocio de alquiler de videos que tiene desde 1986.

El rostro de Oswaldo está hinchado de color rojo, como si tuviera una infección. Cuando lo visite estaba muy preocupado por la situación de su negocio. Le “esta dedicando menos tiempo” a sus “actividades” y en ocasión me señala que es la razón por la cual tiene la cara “así” -mostrándome las hinchazones-. En medio de risas me dice que el “problema” es que esas actividades son todas “ad honorem”.

“Cuando yo empecé un amigo mió era el referente^{vi} político de la zona. Cuando empezaron los planes jefes y jefas me llamó y me dijo si podía organizar un poco eso Ad honorem, ¿no? Es un amigo que tenía problemas con la gente que estaba y cuando salen los planes, comencé, en el 99, 2000... Yo estoy, ya te digo, ad honorem en todo, no estoy con sueldo de nada, ni municipal, ni nada.” (Entrevista Oswaldo).

Oswaldo me enumera lo que “tiene”, es decir, las “actividades” ligadas a la asistencia en el barrio que se encuentran bajo su responsabilidad. Me nombra a las personas responsables -mujeres todas ellas y receptoras del “plan”-: Claudia en el “merendero”, Delia en la “ONG” y Graciela en el “comedor”.

“Trabajar ad honorem” significa no tener beneficios económicos. El sentido defensivo de la ausencia de una contra prestación monetaria aparece resaltado cuando Oswaldo me señala en reiteradas ocasiones que existen rumores que “cobra 25 planes”, que se “queda con la plata de los planes”. No “recibir nada” por sus “actividades” lo mantiene a distancia de estas acusaciones y le permite asegurar que *ayuda* por que le “gusta”.

Este punto de vista se configura en un contexto donde la reducción de los “planes” obliga a Oswaldo a tener que dar explicaciones sobre las “bajas”. Esta obligación no sugiere que debe buscar la “solución” para todos sino que su posición en el “circuito” implica que deba responder, justificar, y en algunos casos, encontrar la alternativa a la “caída” del plan que proviene de la asistencia social.

Los diferentes registros que fui encontrando en el trabajo de campo sobre Oswaldo han tenido algo en común: su nombre está asociado al acceso a los “planes”. En el barrio son 300 personas las que tienen “planes”.

Esta posición supone determinadas “obligaciones”. Por un lado, una obligación ligada a dar “explicaciones”. Oswaldo explica que la “caída” del plan es una

decisión administrativa (“Es el Ministerio de Trabajo que baja todo, o sea tampoco tiene la culpa la municipalidad, muchos te echan la culpa que le bajan el plan, me la echan a mi y se la echan a la municipalidad.) o que es resultado de que quien estaba en falta era el receptor. (“Cuando le quitan el plan y vienen a preguntarme, yo les digo “¿Dónde trabajas vos?, si vos no trabajaste nunca”, ¿me entiendes?, los ponemos al descubierto”).

Por otro lado, la “caída” del plan es una “injusticia” que requiere algún tipo de reparación. Hay gente que se “merece” el “plan” porque “labura”. (“La gente que más labura sigue laburando. Son los que no fallan y son con los que tenes que rodearte, ¿Viste?, es la gente que se lo merece. Y alguno de esos se le ha bajado el plan.”).

Si bien Osvaldo sostiene que es una decisión del “ministerio” (“si dependiera de uno, diría este labura, este no labura pero lo maneja el ministerio”) sin embargo se “trata” de ayudar para reparar esta “injusticia”. Las “viandas” o las bolsas de comida pueden sustituir el “plan” “caído” a quienes se lo “merecen” para que sigan dando una “mano” o “trabajando”. No obstante, Osvaldo sabe que esos sustitutos no pueden durar mucho y que además el dinero que se recibe del “plan” es muy poco y “los jefes están cada vez menos disponible y por 150 pesos no puedes exigirles mucho.”.

La aspiración de Osvaldo es que su “gente” pueda tener un sueldo y así poder cubrir todas las “actividades”. En el caso suyo dejar de ser “ad honorem” se legitima partir de la solicitud del “referente”. Osvaldo aceptaría un puesto en la “municipalidad” pero siempre en la parte “social” y para “ayudar” al “referente”.

2.1.2 Graciela: “Esto no es un restaurant...”

El lugar donde el comedor funciona es el salón perteneciente a un club vecinal. Los signos de deterioro del lugar son evidentes, no parece tener mayor actividad que la que se desarrolla todos los mediodías cuando las personas llegan para almorzar. El mobiliario es el de un restaurant: sillas y mesas viejas, una barra desde donde se reparte la comida y la bebida -agua- y en el fondo se encuentra la cocina.

Quien “dirige” el comedor es Graciela, una mujer de alrededor 45 años, juntada con un obrero del sector de la alimentación y un hijo- Con ella “trabaja” Manuela que, al igual que Graciela, recibe un “plan jefes de Hogar”. Manuela es separada y tiene nueve hijos, el menor está por cumplir 18 años. Este dato no carece de importancia, “el plan” se otorga a jefes de familia con hijos menores de esa edad.

Durante mis visitas al comedor ellas dos preparaban y entregaban la comida, destacándose un orden de responsabilidades y jerarquía entre Graciela y Manuela. La primera vez que visite el comedor Graciela me dijo que estaba muy

ocupada porque “la cocinera me pidió el día y se lo tuve que dar”. Cuando intenté hablar con Manuela me dijo que le consulte a Graciela que es la “coordinadora”.

Alrededor de 60 personas comen todos los días en el comedor, la mayoría son menores, algunos acompañados de sus madres y algunos ancianos. Quienes comen en el lugar traen sus platos, quienes se llevan la comida utilizan los tappers de plástico o alguna cacerola para poder transportar la comida. Esto último lo denominan la “vianda”.

La mercadería que se utiliza para preparar los almuerzos es otorgada por la municipalidad, quienes reciben la “ayuda” deben estar anotados en la secretaria de Acción Social de la municipalidad. Sin embargo, Graciela constantemente me señala sus esfuerzos para conseguir más “mercadería” ya que lo que “baja” municipalidad no alcanza. Los aportes extras a la distribución de la comida son fruto de los “contactos” que tiene el “referente” del peronismo local con algunos comerciantes de la zona.

Graciela es una “persona de confianza” para Osvaldo, un “pilar” en su “equipo” de “jefes y jefas” de hogar. Se conocen del barrio de “toda la vida” y cuando Graciela comenzó a recibir el “plan” Osvaldo le ofreció integrar el equipo de “coordinadores”. “Donde estoy yo está ella”, me afirma Osvaldo dándome a entender la jerarquía, la confianza y, además, que comparten la “misma línea política” en el peronismo local, es decir, que siguen al mismo “referente”, un hombre que siempre “vivió en el barrio” y “colabora en todo”.

Graciela se “define” como “militante”. Hija de un consejero vecinal del Partido Radical comenzó a participar en actividades políticas en una unidad básica del barrio porteño de Mataderos.

Hace cinco años que cobra el “plan”. Cuando me habla estos cinco años que cobra el “plan” el estilo es el de una persona que relata un ascenso laboral. “Empecé dando apoyo escolar, que era mi contra prestación. Después pase al centro operativo donde se maneja las cuestiones administrativas, llevando los papeles a donde trabajaba la gente, después de ahí en 8 meses fui la coordinadora, la responsable del centro. Después hubo problemas con la persona que estaba en el comedor y me pusieron a mi.” (Entrevista Graciela)

Las conversaciones se interrumpen a cada instante ya sea porque le da indicaciones a Manuela referidas a la cocina o porque saluda o reta a los niños que llegan al comedor. Ella sabe sus nombres, las edades, las actividades de los padres o la composición de las familias. Cuando van llegando los niños o las madres me describe a cada uno mostrándome su conocimiento y remarcándome los “casos especiales”: “la madre de ese es ladrona”, “esa tuvo 7 hijos con hijo tipos diferentes”, “esa es loquita”.

En las conversaciones que tengo con Graciela me llaman la atención dos registros de su manera de hablar sobre la “actividad” en el comedor. Estos registros están permeados de referencias al cansancio físico, el desgaste del “trabajo” de todos los días. Cada vez que logro charlar más de un cierto tiempo es porque Graciela se sienta, toma un poco de Coca Cola y me señala que ahora podemos hablar.

Me gustaría detenerme en estos dos registros porque en ellos encuentro varias señales sobre la relación de Graciela con la *ayuda* en el comedor y como ella se convierte en una “inversión” para su rol en la red política local.

Para el primer registro quisiera detenerme en una serie de notas de campos que tienen en común señalar la “distancia” de Graciela con respecto a quienes reciben la *ayuda* en el comedor.

Un eje de esa serie de notas de campos remite a la comparación que permanentemente aparece en su discurso entre ella y “ellas”. La comparación generalmente se basa en el polo “esfuerzo-vagancia” estando Graciela en el lado del primero y las “mujeres” que van al comedor o “mandan” a sus hijos en el segundo. El segundo polo, como veremos, aparecerá en los registros de campo que se centran en la “militancia” política de Graciela, en especial su vínculo con el jefe del peronismo del barrio (“el referente”).

La “confianza” que logró tener al poco tiempo de visitar por primera vez el comedor me permite acceder a un lugar privilegiado: la cocina. En este lugar se encuentra casi siempre Manuela cocinando. En la cocina suele Graciela hablarme de “ellas” y de sus hijos. La frase que más repite con respecto a estos últimos es que “carecen de educación de base”, para explicar el comportamiento que tienen durante la comida -gritos, peleas, etc...-

“Graciela me habla con desgano y cansancio, transmitiéndome el esfuerzo que hace en su “trabajo”. Hablamos de lo mal educados que están los chicos (se pelean, tiran la comida al suelo). Me dice Graciela “Es que no tienen educación de base, no puede ser que hagan esto, me tienen cansada. (nota de campo)

La construcción de la “distancia” con respecto a las mujeres aparece cuando Graciela me hace notar que a ella y a su marido “les gusta vivir bien”. Se levanta a las 3.30 de la mañana junto a su marido que sale a trabajar a esa hora, luego va al comedor entre las 7.30 y a las 13.00, los martes y jueves va al “merendero” donde se ofrece la merienda a 60 chicos. Me cuenta que además tienen dos locales que alquilan y manejan la concesión de un buffet. Me afirma “yo no soy una necesitada”.

El “trabajo” se mantiene como categoría a lo largo del recuento de todas estas “actividades”, incluidas las relacionadas con la “política”: el “trabajo político”.

Para hablar de este último mantiene su “distinción” en base al “esfuerzo” esta vez para diferenciarse de sus “compañeras” de la “mesa política”, “Están organizando un jornada de trabajo para el barrio el próximo sábado. Graciela y otra mujer mandan mensajes por el celular. Están buscando gente para que vaya el sábado. Las dos se quejan que siempre trabajan los mismos. Discuten entre bromas sobre quien de ellas dos trabaja más. Graciela enumera todo lo que hace en su casa, en el comedor y me cuenta como “trabajó” en el último día del niño, “mientras otras ni aparecieron.” Graciela le dá ordenes a Manuela sobre lo que tiene que cocinar mañana (nota de campo 8 de septiembre de 2006).

En las conversaciones con la otra mujer compiten sobre quien de ellas “trabaja” más. Para Graciela hay un continuun entre sus actividades en la casa, en el comedor y en “política”. Ella no “jetonea” sino que “trabaja” de verdad. Este es el segundo registro desde donde Graciela construye su punto de vista sobre su actividad. Este registro opone “trabajar-jetonear”. Este “polo” es significativo para comprender como su participación en el circuito de *ayuda* se configura en relación al vínculo de Graciela con el “referente”.

Las notas de campo se centran en el “orgullo” que le produce que el “referente” confié en ella. “El habla bien de mi en todos los lados. Cuando me pide algo yo le digo que sí, él sabe que voy a donde me diga. Las frases que registro refieren a la confianza hacia “referente” y como Graciela logra su *ayuda*, “siempre está, sobre todo cuando es para los chicos”. Pasamos a donde se guarda la comida y me relata cuando visito la Casa Rosada^{vii} y conoció a la esposa del presidente. Esta relato se desarrolla como parte de los “pedidos” del referente, ella fue porque él se lo pidió.” (nota de campo).

2.1.3 La categoría de “necesidad” y el “enojo” con Caritas.

Cuando releo los registros de campo y las entrevistas encuentro que la categoría de “necesidad” aparece constantemente en los puntos de vista sobre la circulación de *ayuda* que estoy analizando. Me gustaría comprender cómo aparece la categoría de “necesidad” para dar cuenta de la legitimidad-ilegitimidad del dar y recibir la *ayuda*. Como veremos más adelante la categoría de “necesidad” siempre está presente, pero nunca ella aparece “a secas” siempre es acompañada por alguna jerarquía moral,

“Un chico llega con una bolsa y unos tappers para buscar comida. Se acerca a la barra y le pide a Graciela la comida, le comenta que su madre fue con sus hermanos al médico. Registro el tono irónico con el que Graciela le hace una serie de preguntas dándole a entender que ella sabe que sus hermanos no fueron al médico y que su mamá está en la casa. Sin embargo, Graciela le sirve la ración de comida que le corresponde a toda la familia -madre e hijos- y el chico se lleva la “vianda”.(Nota de campo)

En otro registro de campo encuentro la siguiente descripción,

“Llega una mujer y le pide dos “viandas” a Graciela, quien le pregunta por otra persona. Le dice que está trabajando pero no sabe donde. De todas formas Graciela le dá las dos “viandas” y después me comenta “Acción social no me permite que haya “viandas” pero yo no puedo dejar sin comida a las “chicas” cuando consiguen una changa.”

Luego a la misma mujer le dice “recordalé a Ana que me venga a ver.” Le había conseguido un trabajo para cuidar a una persona mayor.

La semana siguiente de producirse estas escenas Graciela me cuenta que finalmente la mujer no fue a cuidar a la persona mayor. Esta situación da pie a una reflexión de Graciela sobre la “necesidad” “Yo a una chica le ofrecí que venga a mi casa a limpiar y ella me dice “ah no, no puedo”. Entonces no tenes necesidad, si tenes necesidad haces lo que sea, como he hecho yo cuando tuve “necesidad”. (Entrevista Graciela)

Diferentes registros de campo son parecidos a esta idea que liga la “necesidad” a una “disposición moral”. En los primeros encuentros con Graciela me repetía que ella “si pudiese” no le daría comida a determinada gente. Los “indicadores” que tienen en cuenta Graciela para impugnar la “necesidad” de las mujeres son de distinta “calidad”. Los “indicadores” que registro descansan en la ropa y las zapatillas -son de “marca”-, en el cuerpo - “mira la cara de dormida”- en el pelo – “ellas tienen claritos y yo trabajo”- y en las “formas” – Graciela me señala que las quejas relativas a la calidad de la comida o a la forma de su cocción son muestras que no “tienen” necesidad.

Sin embargo las “ambigüedades” en torno a la “categoría” de “necesidad” son elocuentes cuando conversamos sobre otros circuitos de *ayuda*. A raíz de una discusión con una voluntaria de Caritas del barrio que también cobraba un “plan” y trabajaba en el comedor, Graciela adopta el punto de vista inverso sobre la “necesidad”. “En Caritas si recibís un bolsón de comida de la municipalidad, te cortan el bolsón de mercadería que ellos dan. ¿Quién sos vos para saber que necesita esa gente? La bolsa que ellos dan no alcanza para que viva durante todo un mes un matrimonio de personas mayores. Yo no soy quien para medir lo que necesita o no una persona, a mi no me gustaría que midan lo que yo necesito. Si vos sabes que es gente carenciada, por que Bonzi es un pueblo chico, ¿porque medís?” (Entrevista Graciela)

Si en el caso de su *circuito* ella se apoya en indicadores corporales, estéticos o de formas para elaborar su juicio sobre la legitimidad o no de la recepción de la *ayuda* en el caso del “circuito” de Caritas Graciela denuncia la “insensibilidad” de tratar de “medir” la “necesidad” cuando todos se “conocen en el barrio”. Este procedimiento de “circulación” de *ayuda* es ilegítimo dado que las “carencias” no se deben “medir”.

Un día al final de esta etapa de trabajo de campo, mientras habló con Graciela devuelta me menciona a Caritas y retoma su argumento sobre la arbitrariedad de este circuito, “ellos piensan que deciden a quien darle ¿Quiénes se creen que son?”

2.1.5 Dos escenas sociales y la semántica de la “ayuda”.

El punto de vista de Graciela sobre las *transferencias* de *ayuda* en el *circuito* donde se apoya en dos categorías: su discurso opone “obligación” y “merecimiento”. Cuando utiliza la primera categoría es para referirse que cumple una normativa de “acción social -“yo estoy obligada a dar de comer-. Frente a las personas que ella dejaría de darles no “puede hacer nada” ya que es una decisión de “Acción Social”. Las restricciones formales sobre su “autonomía” son claras. En cambio la segunda categoría es usada para marcar la independencia en la decisión del dar – “yo doy a quien quiero, doy a quien se lo merece, no tengo obligación”- y a menudo para señalar que quien recibe tiene un merito, se lo merece.

En las escenas sociales que presentaremos a continuación veremos que esta semántica no agota todos los sentidos de la circulación. En la primera de ellas el sentido y la forma de la circulación no se realiza bajo el registro de la categoría de *ayuda*, los alimentos circulan sin ser significados por esta semántica. En la segunda de ellas trataré de mostrar como una puesta en escena de la circulación de la ayuda centrada en el polo no obligación-merecimiento está impregnada de obligaciones que no son mencionadas y que no son las que se derivan del cumplimiento del mandato de “Acción social”.

Regularmente al final de la entrega de cada almuerzo llegaban otras dos mujeres que iban directamente a la cocina a conversar con Graciela o ayudaban a atender a la gente, se servían el plato del día y lo guardaban en unos tappers. No comían en el local sino que se los llevaban a su casa. Después me enteraré que estas dos mujeres trabajan en la sub delegación municipal del barrio, cobran un “plan” y comparten la “mesa política” del peronismo local junto a Graciela y Osvaldo.

Estas visitas regulares se enmarcan en una sociabilidad centrada en conversaciones sobre “hombres” y la política local, el siguiente registro lo muestra,

“Hoy hubo un acto del presidente Kirchner en La Matanza. Graciela no fue porque le tiene fobia a las reuniones con mucha gente. Cuando llega una de las chicas que trabaja en la municipalidad comenta que estuvo en el acto. Estuvieron repasando quienes habían ido. Osvaldo no fue porque se quedo en su negocio. Una de las chicas estuvo comentando sus peleas con su pareja. Vino con la hija y se llevo la comida para las dos.”

Esta circulación de alimentos, ¿cabría denominarla “ayuda”? Objetivamente es una transferencia de alimentos. Sin embargo, la forma y el sentido en que se produce esta circulación no es homologable a las transferencias descritas hasta acá. En primer lugar, estas mujeres llegan, entran a la cocina y se sirven su comida. En ocasiones colaboran sirviendo o cocinando. En segundo lugar, no tengo registros discursivos sobre estas transferencias, salvo cuando una de estas mujeres pregunta si esta preparada su comida.

Creo que la forma y el sentido de esta transferencia sostienen un momento de sociabilidad entre mujeres que militan juntas en políticas, mientras circulan los alimentos comparten juicios sobre otros integrantes de la “mesa política”, compiten ente ellas, organizan eventos, etc...

Me interesa destacar como las mismas “cosas” sostiene relaciones sociales diferentes y circulan de diferente forma y sentido. Me preguntaría si efectivamente podemos decir que nos encontramos frente a las mismas “cosas”. Finalmente a Manuela se le “cayo” el “plan”, el hijo cumplió 18 años. La primera vez que hablamos del tema tenía la esperanza que Graciela le “consiga” algo. La segunda vez la encuentro con mayor desazón y bronca. Me habla de la “injusticia” que significa que halla “gente que no trabaje y cobre dos planes” Cuando trato de comprender porque seguía yendo a “trabajar” al comedor me comenta que “puede perder su puesto”, “que otra puede sacárselo” y que además ahí puede “retirar” mercadería para ella y su hijo, la “vianda” los días de semana e incluso “carne los fines de semana”.

Me gustaría detenerme en la conversación con Manuela sobre la caída del “plan” creo que en esta escena donde interviene Graciela se pueden encontrar señales referidas a la obligaciones de esta última con respecto a la primera pese a que el lenguaje ligado a la *ayuda*” indique todo lo contrario.

Manuela: “Me lo sacaron el plan. Mi hijo cumplió 18 años.

Yo: y que hiciste ¿Te estan “aguantando con algo”?

Manuela: No nada, bah, Graciela los fines de semana, me ayuda, si necesito algo se lo puedo pedir...

(Interrumpe Graciela que vuelve a la cocina): ¿ A quien le vas a pedir?

Manuela: a vos...

Graciela: no...Son cosas que están mal hechas....

Manuela: Claro hay gente grande que después no va a trabajar...

Graciela: no, no pasa por ahí. A la gente que trabaja se la tiene que considerar y a la que no, no...Esto as así, la normativa es así, bajan a los que cumplen años. Yo pensé que se lo iban a sacar el mes anterior. Pero ahora estamos en tratativas de hacerlo algo. Ya esta por salir. Otro “plan”, un “plan” nuevo. Es un curro que yo voy a hacer con ella. La hago pasar que trabaja en otro lado y la traigo para acá, mañana voy a ver que me dice este tipo.”

La arbitrariedad en el uso de la *ayuda* organiza esta escena -“es un currumío”, “voy a hablar con alguien”, “la traigo para acá”-. Sin embargo, trato de comprender que a pesar del lenguaje directo y la imposición de su punto de vista sobre el de Manuela, Graciela da cuenta en esta exposición de su dependencia hacia Manuela. La circulación de *ayuda* que no se interrumpe -alimentos para el fin de semana, un nuevo “plan”- puede interpretarse como un indicador de las obligaciones de Graciela con respecto a quien trabaja para ella y se lo “merece”. Sin entrar en su semántica de la *ayuda*, la obligación que no es nombrada aparece dándole forma y sentido a la transferencia –Manuela puede contar con Graciela y contar con los “recursos” que ella transfiere.

2.2.1 El circuito de “ayuda” de Caritas^{viii}.

En un local anexo a la Iglesia se reúne el grupo de Caritas con intervención en el barrio. Este grupo compuesto por 7 mujeres se originó en un colegio católico donde iban los hijos de algunas de ellas. Hace 2 o 3 años se empezó a “entregar” la mercadería en la iglesia. Todas las mujeres viven en el barrio, tienen la mayoría entre 40 y 50 años y “no trabajan”, son “amas de casa”.

Mensualmente se entregan 140 bolsas de alimentos que están divididas en tres tipos según la cantidad de “mercadería”. Las bolsas de mayor cantidad de alimentos son entregadas a las familias numerosas con niños. El dinero para comprar estos alimentos se obtiene de donaciones particulares y de la venta de la ropa en la feria mensual. En esta feria se vende la ropa donada a un bajo precio -1 o 2 pesos por prenda-. También se suelen recibir donaciones de alimentos de los colegios católicos del barrio (“Una de las “voluntarias” me comenta que fue a buscar los alimentos que llevaron los chicos del colegio, otra de las “voluntarias” los había recolectado en un acto el sábado” –registro de campo-).

La posición de este “circuito” en el “campo de la ayuda” del barrio puede derivarse de sus relaciones de distancia y cercanía con otros “circuitos”.

El circuito de *ayuda* vinculado al estado con presencia en el barrio - los “planes”, los “bolsones de comida”- funciona como un espejo invertido del “circuito” de Caritas. Los polos que organizan estas oposiciones en los discursos de las “voluntarias” son los siguientes; La transparencia de Caritas frente a la corrupción o las sospechas del uso de los recursos en la “circulación de ayuda” en el circuito “político”; la gratuidad del trabajo “voluntario” frente al trabajo rentado o las aspiraciones políticas; la falta de obligación frente a la “obligación de dar” que tiene la municipalidad; la calidad de la mercadería frente a una mercadería que es “comida de perros” y, finalmente, la “contención” frente a la “frialdad” en los vínculos entre quienes dan y quienes reciben en los dos circuitos.

Las impugnaciones realizadas al circuito “político” tiene afinidad con un sentido común generalizado que cuestiona moralmente a los “políticos”, discurso particularmente fuerte entre las clases medias, sector social donde pertenecen las “voluntarias” de Caritas. En el caso de ellas estas impugnaciones se realizan como agentes de un mismo “campo” y por lo tanto “competidores” del capital simbólico y social vinculado a la circulación de la *ayuda*. La afinidad entre los agentes de este circuito y de otro circuito como es el del Rotary Club abonan esta hipótesis. Al compartir la impugnación del circuito de *ayuda* de origen estatal y sus agentes principales, estos dos circuitos ocupan posiciones próximas en este campo -las propiedades sociales de sus miembros, la distancia con el circuito político,- que les permite realizar acciones conjuntas^{ix}.

2.2.2 “Mercantilizar” las donaciones y la economía del “circuito” de “ayuda”

Antes de organizarse la feria se realiza una selección de la ropa que las personas del barrio donan a Caritas. Esta selección se basa en tres categorías “dar”, “vender” y “tirar”. La primera categoría excluye a la ropa de la comercialización en la feria para ser ofrecida de forma gratuita a las personas que retiran la mercadería. La segunda categoría es la ropa seleccionada para vender en la feria y la última se la deshecha. Cuando realice la observación de la selección la mayoría del tiempo se entablaron conversaciones entre las voluntarias sobre el estatus de la ropa ¿Es para vender? ¿Es para regalar o para tirar? Estas preguntas organizaban la actividad de la selección mientras conversaban de una misa que estaban preparando y de una fiesta estudiantil de los hijos de dos de ellas.

Este procedimiento transforma las “cosas” y las hace circular en diferentes relaciones sociales. Las voluntarias al clasificar intervienen sobre objetos previamente donados convirtiéndolos en una “mercancía” para ser vendida en un mercado singular, manteniendo su estatus de donación o transformándolos en “desechos”. Después veremos que en algunos casos esos objetos “mercantilizados” nunca pierden su estatus de donación dependiendo quienes sean las personas que se vinculan a través de estas transacciones.

Se selecciona mayor cantidad de ropa para “dar” que para “vender” o “tirar”.

La mayoría de las dudas se centra entre las prendas que son para “vender” o “regalar”. Contabilizo que la mayoría de las preguntas son referidas a esa clasificación, las prendas que son para “tirar” tienen demasiados signos de deterioro para generar dudas entre las “voluntarias”. Estas dudas no son arbitrarias. Confrontando los puntos de vista de las receptoras y de las “voluntarias” elaboro esta interpretación sobre la regularidad de estas dudas.

Blanca es una “receptora” “agradecida” -ver mas adelante sobre esta categoría-. Ella recibe la mercadería desde el “principio” cuando entregaban en el colegio. Lo único que le pidieron cuando comenzó a recibir la mercadería es que no retire de otra Caritas. Pese a vivir en el límite del barrio logró que le acepten en el

Caritas local. Vive en una casilla ubicada en unos terrenos del ferrocarril. Enfrente se encuentra un barrio de casas “cooperativa”s que se instalo el ano pasado en reemplazo de la villa. Doscientos metros de su casa hay una serie de vagones donde vive gente que, según Blanca, son “peligroso”.

Luego de su separación, que fue bastante traumática porque supuso irse de la casa dado que el ex marido era violento, y de una serie de internaciones por problemas de salud, comenzaron sus problemas. Hasta ese momento considera que era una familia de “clase media”, “trabajadora”. Durante un tiempo “trabajo con el “carro” recolectando residuos o limpiando una verdulería. Ahora solo trabaja si le ofrecen para limpiar casas por horas.

Blanca cobra el “plan”, usa el dinero para pagar las cuentas y comprar carne, vive con el padre de su hija más chica que trabaja manejando un auto de alquiler durante la noche. Además tiene 6 hijos.

Cuando conversamos sobre Caritas su referencia es la experiencia de otro grupo de Caritas donde fue tratada mal, la mercadería no era buena y el cura era distante. Este “otro” Caritas es un grupo muy “cerrado” y “pacato”. El criterio de comparación central esta vinculado con calidad de la “mercadería” que entregaban y con la “utilidad” de la ropa que deban, que “no sirve para nada”, “por dos pesos pagas un trapo”.

La ropa que se “da” y el precio de la ropa que se “vende” comunican el “punto de vista” de las “voluntarias” sobre la *ayuda*, los “pobres” y las relaciones con ellos. Por este motivo, las dudas que se generan en esa demarcación obedecen a que es una clasificación visible de “cosas” y también de “personas”. A diferencia de las prendas que se “tiran” la ropa que se “vende” o “da” son “cosas” que circulan hacia las receptoras y estas las evalúan, - ver el apartado El punto de vista de una receptora agradecida-

“El local está armado para la “feria”. En la puerta una de las voluntarias “vigila” que nadie se lleve nada. Las mesas se distribuyen a lo largo de todo el salón, la ropa esta mezclada. En un rincón se encuentra Cristina junto a los zapatos nuevos que se venden, ellos tienen un cartel del precio -10 pesos-. El resto de la ropa no. Se paga por unidad. La gente revuelve y busca que llevar. Las personas hacen una cola para pagar las prendas. Dos de las voluntarias reciben el dinero y avisan de la próxima “feria” ”. (Nota de campo)

Observo a las “voluntarias” contar dinero, ofrecer ropa, hacer rebajas en los precios de la mercadería que se vende, también dar “créditos”. Registran en un cuaderno las “deudas”. Muchas de las personas que compran la ropa la pasan a retirar el día que se entrega la mercadería. Un comprador le dice a una de las voluntarias, “hoy te traje un nuevo cliente”.

El punto de vista de los compradores sobre esta transferencia en principio me parece revelador al asimilar la “feria” a otros espacios comerciales. “Yo siempre voy a La Salada y una vecina me dijo porque venís a la feria de Caritas, con los chicos nunca terminas de vestir.” Por otro lado, me afirman la utilidad de la ropa (“es buena la ropa”). Es una alternativa a otros circuitos que comercializan prendas de vestir a precios bajos.

Registro que una de las “voluntarias” agradece a una compradora por su “solidaridad” y agrega que “dios la va ayudar” por esta adquisición. Otras veces ellas me dicen que la gente sabe para qué es la plata –dando por entendido que es para *ayudar*.

Cuando indago sobre el sentido de vender las donaciones me señalan que es únicamente para recaudar dinero para comprar las mercaderías. No obstante, en determinadas ocasiones pareciera que la venta de las donaciones estaría ligada a cierta “pedagogía” del consumo. Me comentaron que los juguetes para los chicos “los ponemos a 50 centavos” para que “tomen conciencia”. Sin embargo, esta pedagogía queda suspendida en otras transacciones, “Hay gente que viene de otros lados, hay una mujer que va directo a los pantalones, ella hace su negocio donde va a comprar pantalones a dos pesos, después los re vende. A mi no me interesa si hace su negocio, mientras nos pague lo que se lleva.”

La legitimidad de que esta persona se lleve una gran cantidad de pantalones a precio económico, contrasta con las impugnaciones que realizan las “voluntarias” a las personas que durante la entrega de mercadería pretende sacar ventaja sobre el resto al tomar muchas prendas de ropa. El dispositivo “feria” legitima la acumulación y el interés individual mientras que los días de entrega ellos se tornan ilegítimos. Tal vez la ausencia de contradicción entre estas dos circulaciones tiene que ver que quienes hacen su “negocio” en la feria no son los mismos que pretenden “sacar ventajas” el día de la entrega. Por eso quienes pueden “hacer su negocio” son quienes no tienen el estatus de receptoras. Por el contrario, estas no lo pierden incluso cuando se entabla una transacción mercantil. Este estatus les impide mostrarse con capacidad de acumular dinero para re-vender las prendas, dando señales que en el fondo no tienen tanta “necesidad”. Sin embargo, gracias a ese estatus pueden comprar las prendas con un “crédito” o obtener una rebaja. (En referencia a dar créditos una voluntaria me dice durante la feria “es gente que viene a buscar la bolsa, ¿Le voy a decir que no?, hacen unas changas, juntan el dinero y después vienen a pagar.”)

Las ambigüedades del estatus de las “personas” y de las “cosas” aparecen revelando la singularidad de este tramo del circuito de “ayuda”.

2.2.3 Construyendo los puntos de vista sobre la legitimidad e ilegitimidad de la recepción. Una transferencia “despiritualizada”.

El “punto vista” configurado en torno a las receptoras toca un punto sensible de este “circuito”. Para comprender este punto me gustaría recordar una serie de elementos ligados al “ethos” de las voluntarias.

Como he mencionado es un grupo compuesto por mujeres católicas practicantes, las que tienen hijos los envían al colegio católico del barrio e incluso es en este establecimiento donde comenzó a funcionar la “entrega de alimentos”. Mis entrevistadas se refirieron a la “vocación” por *ayudar* como una disposición inmemorial, siempre presente en sus vidas. Cuando reconstruyen su biografía señalan la presencia continua de un “ethos” de la *ayuda*, donde la idea de “sacrificio” aparece en alguna de ellas,

“Yo hago esto porque me encanta, es algo que esta en mí. Te puedo decir que es la misión que Dios me mando. Dejando la religión de lado, desde chica, no se ni como ni donde, pero ya cuando me iba de vacaciones y terminaba mandando cosas a la gente de ahí. Después siempre ayudaba en la cooperadora del colegio de los chicos. Nos gusta si podemos dar una mano la damos” (Entrevista a Cristina)

“Yo empecé a venir cuando estaba la feria para darles una mano, yo las conocía por el colegio de mis chicos. Después empecé a venir todas las veces que se hizo necesario me hice cargo, digamos. Hoy en día siento el compromiso que tengo que venir dejando las cosas del hogar del lado. Lo hablamos hoy a la mañana preparando la mercadería que es un trabajo agotador, una de las chicas decía “tengo que preparar la comida, viene mi marido, otra decía deje los platos sucios, vienen los chicos del colegio”. Es un sacrificio el que hacemos. Sabemos lo que hacemos y tenemos que renunciar a ciertas cosas, la renuncia de algo como verdadero sacrificio y te llevas una satisfacción. Sabes que le haces bien a otro, que sos sutil.” (Entrevista a Teresa)

Este “ethos” aparece en el circuito de *ayuda* no solo como un principio acción sino también como principio de jerarquización de prácticas sociales entre las dadoras y receptoras. Este “ethos” las opone en la manera que ellas se vinculan con las “cosas” que circulan en el circuito. El siguiente testimonio es esclarecedor de esta cuestión,

“Otros no valoran tanto, lo toman como un supermercado. Hay que concientizarlos que no todo viene de arriba. Ellos ven el paquete con el monito. Hay que concientizar que detrás de ese paquetito hay generosidad de la gente, esfuerzo, colaboración, tiempo de la gente que esta aca. Ellos no se dan cuenta que hay chicas que ponen el auto, la nafta para ir a comprar mercadería, que son voluntarios.” (Entrevista a Teresa)

Las “voluntarias” que se vinculan al circuito en el marco de un “esfuerzo”, un “sacrificio” y una “vocación” se oponen a las receptoras que solo les interesa “la mercadería”, “solo vienen por la comida lo espiritual no les importa”.

La “medición” de la “recepción despiritualizada” se produce cuando las “voluntarias” me mencionan que de “140 personas que reciben la mercadería solo 4 o 5 van a las reuniones con la madre” o “muy pocas las vemos en misa”. La “recepción despiritualizada” permite clasificar a las receptoras de *ayuda* en dos categorías: las “agradecidas” y las “exigentes”. Los indicadores que encontramos para clasificarlas son de diferente naturaleza, el siguiente extracto de entrevista representa una manera de exponer esta clasificación que es sumamente rica por los principios que opone,

“Hay gente que es muy agradecida, tiene delicadeza, son tranquilas, no tienen esa ansiedad, de abalanzarse sobre la ropa, se ubican que todo tiene su tiempo” Respetar el ritmo de la entrega se opone a la ansiedad de la exigencia. La adecuación o inadecuación al tiempo deviene un indicador para clasificar entre “agradecidas” y “exigentes” -mal educadas-, “Lamentablemente hay gente respetuosa, que espera, te cuenta sus problemas pero los otros...”

Las “formas” de recibir la *ayuda* -esperando/exigiendo- se entremezclan con la impugnación a las “formas” de gastar el dinero,

“Evelyn me muestra sus manos y me dicen “mira como las tengo yo todas rotas y ellas todas con las uñas pintadas”. Me agrega que como pueden ser que se compren cigarrillos en vez de pan y leche, y encima siguen pidiendo” (nota de campo)

La oposición entre el estado de las manos y la oposición entre usos legítimos del dinero -cigarrillos vs leche y pan- opone el esfuerzo frente a las receptoras que no trabajan y gastan el dinero en consumos “ilegítimos”.

La mayoría de las mujeres que retiran los alimentos van acompañadas de sus hijos. El comportamiento de estos últimos y su higiene - “los nenes son un espanto, vienen acá y golpean la mesa, tendrías que verlos, todo sucios.”- son elemento que las “voluntarias” toman en cuenta para interpretar la disposición moral de sus madres.

La “recepción despiritualizada” se plasma en una disposición permanente a “sacar ventajas” por parte de las receptoras que impide que “sean solidarias entre ellas”. La indignación sobre estas actitudes es recurrente en mis registros. La incompreensión porque no “comparten”, el enojo porque “se pelean por un par de zapatos”, el dolor de “escuchar comentarios hirientes” y la amenaza a hablar con el cura para quejarse porque no reciben la *ayuda*, son algunas de mis notas de campo que van en esta dirección.

“Alguno viene y te dice “uds tienen que dar”, prepotenteando y mal, y vos decís “pucha”, no es así. O cuando les decís “Chicos, la solidaridad entre uds. No te lleves las cosas sin mirar, agarra 4 o 5 prendas y el resto déjalas para otros. No logramos hacerlo entender, esta bien que sea difícil la situación por ahí están acostumbrados a hacer así toda la vida, el que llega agarra primero, pero tratamos de cambiar.” (Entrevista Cristina)

El malestar que produce la “recepción despiritualizada” se acrecienta en el momento que hay que resolver la continuidad de la *ayuda*. La mentira sobre la situación social del hogar y la falta de “solidaridad” para dejarles el puesto a otros produce el enojo de las integrantes de “Caritas”. La desconfianza sobre la veracidad de la información que dan las receptoras es una constante en las “voluntarias”. “Es una mezcla de todo, vagancia, gente piola que no lo necesita pero ¿Cómo lo pescas? Vas a la casa y te llora “no porque mi marido no trabaja” y vos sabes que trabaja. Entonces es un trabajito que hay que hacer, ver familia por familia porque hay un registro de gente que esta esperando y muchos te dan un panorama que no es realmente. Es gente que no le deja lugar a otra”.

Aunque una persona formada en trabajo social empezó hacer encuestas sobre las condiciones de vida del hogar, las “voluntarias” no descartan el engaño. Para mostrarme esta situación una voluntaria me comenta durante una observación en el local mientras se hacia la feria,

“Acá viene una mujer que dice que no trabaja pero trabaja ¿Cómo lo comprobamos? La vimos trabajando y el marido también trabaja, por ahora la suspendemos, nos ponemos firmes. Déjale el lugar a otro porque te vimos.”

La “necesidad”, al igual que en el “circuito” de *ayuda* analizado anteriormente, también requiere pruebas. En el marco de una “recepción despiritualizada” y de receptores que pretenden sacar “ventaja siempre”, un nuevo receptor debe “esperar” para ingresar al “circuito”. Reducida la capacidad “objetiva” de comprobar y con una imagen negativa de gran parte de los receptores, la “espera” funciona acreditando la “necesidad”. Quien vuelve reiteradas veces a solicitar su ingreso y “espera” su aprobación es, según una de las voluntarias, alguien que “necesita”. Por el contrario “saber esperar” se convierte en un indicador de necesidad así como “esperar” en las colas y los turnos de entrega es un indicador de “respeto”, “entendimiento” con el trabajo de las voluntarias y también de “agradecimiento”.

El “desencantamiento” con la circulación de *ayuda* no aparece en los mismos términos en todas las “voluntarias”. Si bien todas ellas muestran malestar por la distancia entre su donación espiritual -ethos de *ayuda*- y la “recepción despiritualizada”, sobre todo una voluntaria, quien es la que hace mas tiempo que esta en el grupo y quien tiene mayor autoridad, me expresa su convencimiento que esta distancia es irremediable. Afirmando esta posición y señalando que no todas la comparten me dice, “Yo hace tiempo que estoy acá, no tengo tanta esperanza -como las otras voluntarias- de que esto cambie. Estas acostumbrados a recibir y nos les interesa cambiar ellos.”

Palabras finales

El punto de partida de mis investigaciones que anteceden a esta presentación ha sido las incomodidades que me producían la utilización de categorías que

mistifican las circulaciones materiales y los lazos sociales de las clases populares.

Comencé por problematizar la noción de “gratuidad” como principio de legitimidad en las donaciones filantrópicas (Wilkis, 2006a); he especificado el estatus de las obligaciones para explicar todo tipo de circulación (Wilkis, 2006b y 2006c). También problematice la oposición entre transacciones mercantiles y circulaciones de dones desde el punto de vista del rol del dinero para trazar esa diferencia (Wilkis, 2007).

Esta presentación centrada en un estudio etnográfico sobre circuitos de ayuda hacia y entre las clases populares me permite mostrar una metodología de investigación que consiste en prestar atención al campo semántico que acompaña la circulaciones materiales, los principios de legitimidad que los agentes utilizan para hablar de una esfera de circulación y descalificar a otra y a comprender que las “cosas” que circulan pueden sostener diferentes lazos sociales y, a su vez, estos pueden hacer circular diferentes “cosas”. En definitiva, intenté dar cuenta como los circuitos de transferencias de ayuda son un encadenamientos de transacciones apoyadas en un flujo constante de interacciones y circulaciones materiales donde se definen el estatus de los objetos y la categoría de las personas que participan en ellas. Espero haber logrado dar indicios de esta intención.

Bibliografía

Auyero, Javier. 2002. La política de los pobres. Buenos Aires: Manantial.

Wilkis, Ariel y Gorban, Debora .2006. « Relaciones de sentido e intercambios sociales en torno a dos figuras urbanas: los vendedores de las revistas de la calle y los recolectores informales de residuos”. Buenos Aires: Cuadernos de trabajo del IDAES.

Wilkis, Ariel. 2007. Los usos sociales del dinero en circuitos filantrópicos. El caso de las revistas de la calle. Revista Mana. en prensa.

Wilkis, Ariel. 2006a. “Un análisis del circuito de donación surgido a partir de las “publicaciones de la calle” en la ciudad de Buenos Aires. AVA. Revista de Antropología Social, 9: 108-131.

Wilkis, Ariel. 2006c. “Trabajo, espacio público y moral: la venta de las “publicaciones de la calle” en la Ciudad de Buenos Aires. Revista Kairos, 18: 1-22.

Wilkis, Ariel.2006b. “Las dimensiones expresivas y morales del orden de la interacción en el análisis de la venta de las “publicaciones de la calle”. Una

aproximación desde la sociología de Erving Goffman. Revista Campos, 7(1):53-70.

Zapata, Laura. 2004. Una Antropología de la Gratuidad: prácticas caritativas y políticas de asistencia social en la Argentina. Revista Campos, Vol 5, Num 2, 107-125

Zelizer, Viviana. 2005. Argent, circuits, relations intimes. Enfances, Familles, Générations, num 2.

ⁱ Retomo el término de Zelizer (2005).

ⁱⁱ Utilizo este término ya que es el mas neutro posible para describir la circulación de objetos -transacciones mercantiles, intercambios de dones son “formas” de transferencia. Ver Wilkis (2007).

ⁱⁱⁱ El trabajo de campo de mi tesis incluye otros circuitos pero en esta exposición reflexiono sobre los datos de dos de ellos.

^{iv} Los asentamientos son barrios creados a partir de acciones colectivas denominadas “tomas” que consistian en ocupar tierras fiscales o privadas durante principio de las décadas del 80’ y 90’. Fueron en su origen ocupaciones ilegales de tierras que en algunos se regularizaron. En determinadas zonas los asentamientos fueron transformándose en “villas” o confundiendo con ellas, de esta manera se pierden las características urbanas que la diferenciaban de estas últimas como habitats populares (planificación urbana, trazado de calles, servicios públicos). En todo caso los estadísticas producidas tanto para “villas” como para “asentamientos” muestran los niveles más elevados de desempleo, pobreza, trabajo informal, incidencia de planes sociales etc..

^v Las comillas refieren a términos nativos.

^{vi} Categoría que refiere al rol político de liderazgo o responsabilidad en un territorio determinado.

^{vii} Edificio del gobierno presidencial.

^{viii} El Caritas argentino se crea en el año 1956 siguiendo los lineamientos establecidos por el Caritas Internationalis, definió sus objetivos de la siguiente manera "animar y coordinar la obra social y caritativa de la Iglesia, insertada en la pastoral orgánica a través de formas adaptadas al tiempo y las circunstancias, para lograr el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres, con especial preferencia por las personas y comunidades más marginadas." Actualmente en casi 3400 parroquias del país actúan grupos de Caritas que dependen de sus respectivas diócesis y del Caritas nacional. En la actualidad la pagina web de Caritas Argentinas informa que 30.000 “voluntarios” son miembros de Caritas.

^{ix} Esta proximidad y distanciamiento no impide la existencia de circulación de personas entre ellos. Por ejemplo Osvaldo fue miembro del Rotary y luego dejo de pertenecer porque era un “circulo muy elitista”, a su vez una de las “voluntarias” de Caritas cobraba un “plan” y trabajaba en el comedor.